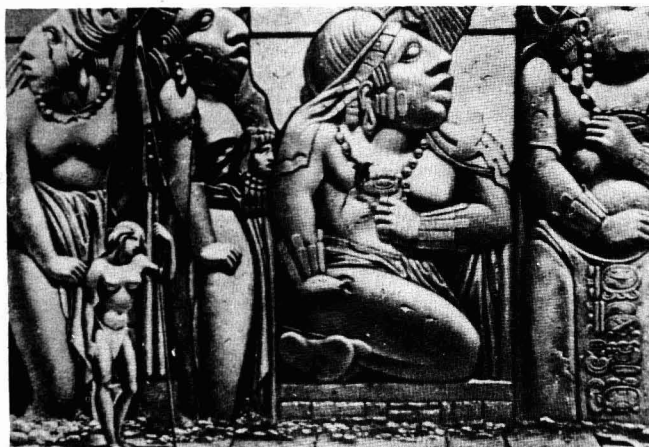
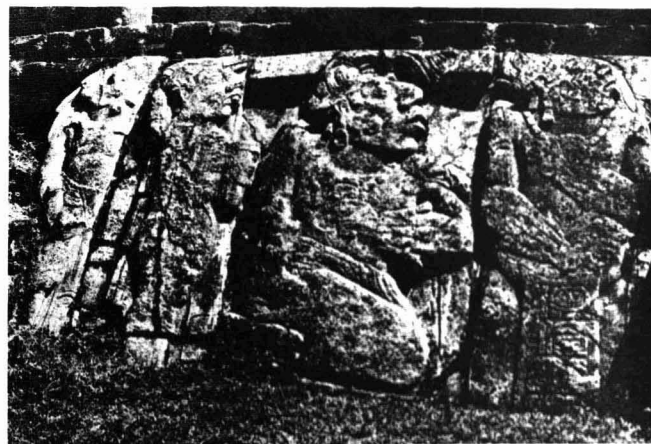


BEATRIZ DE LA FUENTE

EL ARTE PREHISPÁNICO VISTO POR LOS EUROPEOS DEL SIGLO XIX



Dibujo (en estilo neoclásico) de las losas con relieves en el patio noroeste del Palacio de Palenque, por F. Waldeck.



Fotografía reciente de los mismos relieves.

Durante el siglo XIX varios ilustres viajeros europeos recorrieron los principales lugares de interés arqueológico en México, y al regresar a sus países de origen relataron sus impresiones, publicaron imágenes y dieron noticia a la gente ilustrada de Europa de los hechos artísticos por ellos observados. Esto permitió que de tales hechos se extrajera aquello que a juicio de los europeos era más interesante y que lo usaran como fuente de inspiración o como simple motivo decorativo. Pero lo más importante fue que las noticias, las imágenes y los relatos de estos viajeros produjeron el redescubrimiento europeo del arte prehispánico mexicano, que fue entonces incorporado al arte universal dándosele lugar entre los de otros pueblos. Para el historiador es interesante considerar cómo las percepciones e interpretaciones europeas de nuestro arte indígena se vieron poderosamente influidas por las concepciones y estilos artísticos que prevalecían en Europa y de las que fueron portadores esos viajeros.

El siglo XVIII había presenciado en México el despertar de la conciencia americanista, con sus deseos de libertad, de independencia económica y de igualdad social, ideas que están claramente expresadas en las páginas escritas por Francisco Xavier Clavijero, que en 1784 publicó en su ciudad de residencia, Bolonia, una obra de notable valor.¹ En ésta se pone por primera vez en un plano de igualdad al indígena americano y al habitante del Viejo Mundo. La obra de Clavijero fue la síntesis de la nueva conciencia, el primer síntoma de un amanecer revolucionario que sólo pudo cobrar cuerpo entre 1810 y 1820, con las guerras de Independencia americanas. Años antes, el italiano Lorenzo Boturini Benaducci había destacado la importancia del arte antiguo mexicano y dado a conocer los códices y monumentos prehispánicos, lo que le valió la deportación y largos años de prisión en

España.² Su obra permanece aún como exaltación del solitario anticuario que redescubrió el valor de los códices prehispánicos.

Hacia mediados del siglo XIX, los investigadores europeos visitaron frecuentemente las tierras abiertas de nuevo al mundo. Docenas de exploradores, con distintos grados de cultura pero con clara y buena intención frente al arte y las antigüedades, pisaron suelo americano para describir, analizar e interpretar todo lo que veían y encontraban. Desde Jean Frederick Maximilien, conde de Waldeck, hasta el abate Charles Etienne Brasseur de Bourbourg, Frederick Catherwood, Teobert Maler, Alfred Percival Maudslay, Eduard Seler y otros más, llegaron para ver, con ojos diferentes, las maravillas de México y del Nuevo Mundo. No fueron pocos los que se quedaron en América, dando lo mejor de sus vidas para el progreso de la arqueología. Gracias a estos hombres se logró una visión distinta del olvidado pasado prehispánico.

Un suceso importante del siglo XIX fue la exposición que William Bullock presentó en Londres en el año de 1824, a través de la cual la Europa Occidental pudo conocer lo que México había sido y lo que era en ese entonces. Este viajero inglés, de formación autodidacta, ya estaba interesado en realizar exposiciones populares de "arte primitivo" muchos años antes de su viaje a México. Aparte de haber escrito un libro sobre taxidermia, para museos de ciencias naturales, en 1812 había inaugurado su *Egyptian Hall*, una gran sala de exhibiciones decorada con motivos egipcios, en el barrio de Piccadilly. La exposición en Londres produjo gran interés en las clases medias, que por lo general tenían poco acceso al reducido mundo académico del momento.³

En 1824, Bullock organizó una gran muestra de los innu-

merables objetos que había llevado consigo después de seis meses de estancia en México, donde observó con detenimiento vida y costumbres, lo que le permitió escribir *Six Month's residence and travels in Mexico*,⁴ libro que resultó un verdadero *best-seller* de la época. Dos ediciones seguidas en inglés, y las sucesivas traducciones al alemán y al francés muestran el impacto causado. De gran éxito también fue el catálogo de dicha exposición, que hoy constituye una rareza bibliográfica.

Durante su estancia en México, Bullock estableció estrecho contacto con varios personajes de la época como Lucas Alamán, quien le facilitó códices y documentos para que los llevara a Londres —entre ellos, el plano en papel amate de México-Tenochtitlán. En la muestra mencionada se incluyó una gran cantidad de objetos prehispánicos auténticos que se han conservado hasta la actualidad, y que fueron el núcleo inicial de la colección mesoamericana del British museum de Londres. También se presentaron moldes de tamaño natural del llamado Calendario Azteca, de la Coatlicue (que Bullock mandó desenterrar del patio de la Universidad para moldearla), de la Piedra de Tizoc, y lo más llamativo de todo, una maqueta de la Pirámide del Sol de Teotihuacán.

La importancia de la exhibición de estos objetos en Europa radicó no sólo en que fue la primera de esta índole, sino en la profunda impresión que causó, porque las noticias sobre lo prehispánico eran pocas y estaban circunscritas al mundillo intelectual ilustrado. La gente común no estaba enterada de lo que era México, y menos aún de lo que México había sido.

Hay que tener presente que la divulgación de las expediciones realizadas por Dupaix y Castañeda, a principios de siglo, no se realizó sino hasta el año de 1830 (cosa que también estuvo a cargo de un inglés, Lord Kingsborough), y que los objetos que poco antes había llevado el Barón de Humboldt consigo sólo habían sido mostrados a un selecto grupo de personas en la Europa central. Todavía hoy, causa asombro ver los grabados de la exposición, con el público paseando entre las reproducciones de las esculturas prehispánicas; años más tarde la escena volvería a repetirse en el Crystal Palace y en las grandes exposiciones realizadas en París. Todos los viajeros posteriores, incluso John Lloyd Stephens, leyeron el delicioso y romántico libro de Bullock, y más de uno

llegó a México a estudiar sus antigüedades gracias al interés que el mencionado libro logró despertarles.

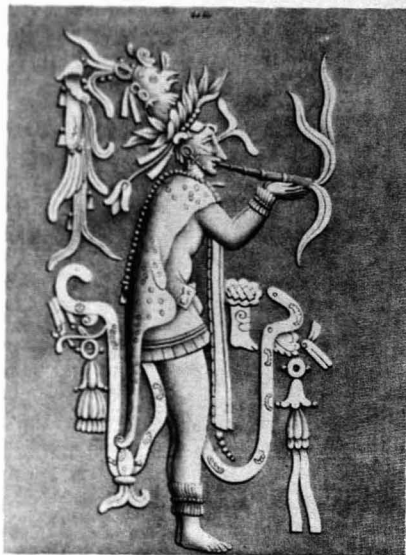
Es conveniente recordar que poco después de las exposiciones y los escritos de Bullock, otro gran estudioso y entusiasta del mundo prehispánico, Lord Kingsborough, editaba con gran esfuerzo diez grandes volúmenes, profusamente ilustrados, que llevan el título de *Antiquities of Mexico*.⁵ La realización de una obra de tal magnificencia causó honda impresión entre sus contemporáneos; hasta ese momento, únicamente Egipto y unos cuantos sitios de la Mesopotamia —aparte de Grecia y Roma— habían merecido una publicación de tan singular calidad y lujo. La obra incluye los facsímiles de varios códices y crónicas antiguas no conocidas, al igual que una versión completa de las expediciones de Dupaix y Castañeda, publicada por primera vez. Todo ello de incuestionable valor para la historia del arte prehispánico.⁶

Muy poco después, aparecieron también las ediciones europeas del espléndido libro de John Lloyd Stephens y Frederick Catherwood, *Incidents of travels in Central America and Yucatan*,⁷ resultado de su primer viaje a México, en el cual mostraban una nueva forma de ver y de relatar de los viajeros de mitad de siglo. La marcada informalidad de Stephens, junto con lo detallado de sus descripciones y la minuciosidad de los dibujos de Catherwood, arquitecto inglés, presentaron un panorama distinto de las antigüedades del continente americano. Un par de años más tarde, en 1842, regresaron a México para completar los datos de sus viajes anteriores, que serían publicados en otro libro en el que se aprecia mayor conocimiento y reflexión, titulado *Incidents of travels in Yucatan*.⁸ Ambas obras son imprescindibles para conocer lo que era nuestro país en el siglo XIX, y además siguen siendo leídos, como verdaderos clásicos de aventuras, por miles de jóvenes de todo el mundo.

A los viajeros mencionados les siguieron Désiré Charnay, Brasseur de Bourbourg, Auguste Le Plongen, Teobert Maler, Alfred Maudslay y Eduard Seler. El primero de ellos, Charnay,⁹ llegó a México desde Francia, enviado por un excéntrico coleccionista de antigüedades de Nueva York que vivía en su propio palacio neo-maya. En tierras mexicanas, Charnay realizó excavaciones y tomó fotografías, ahora de gran interés por ser las más antiguas, de sitios como Palenque y Chichén Itzá. Antes que él, únicamente un viajero ale-

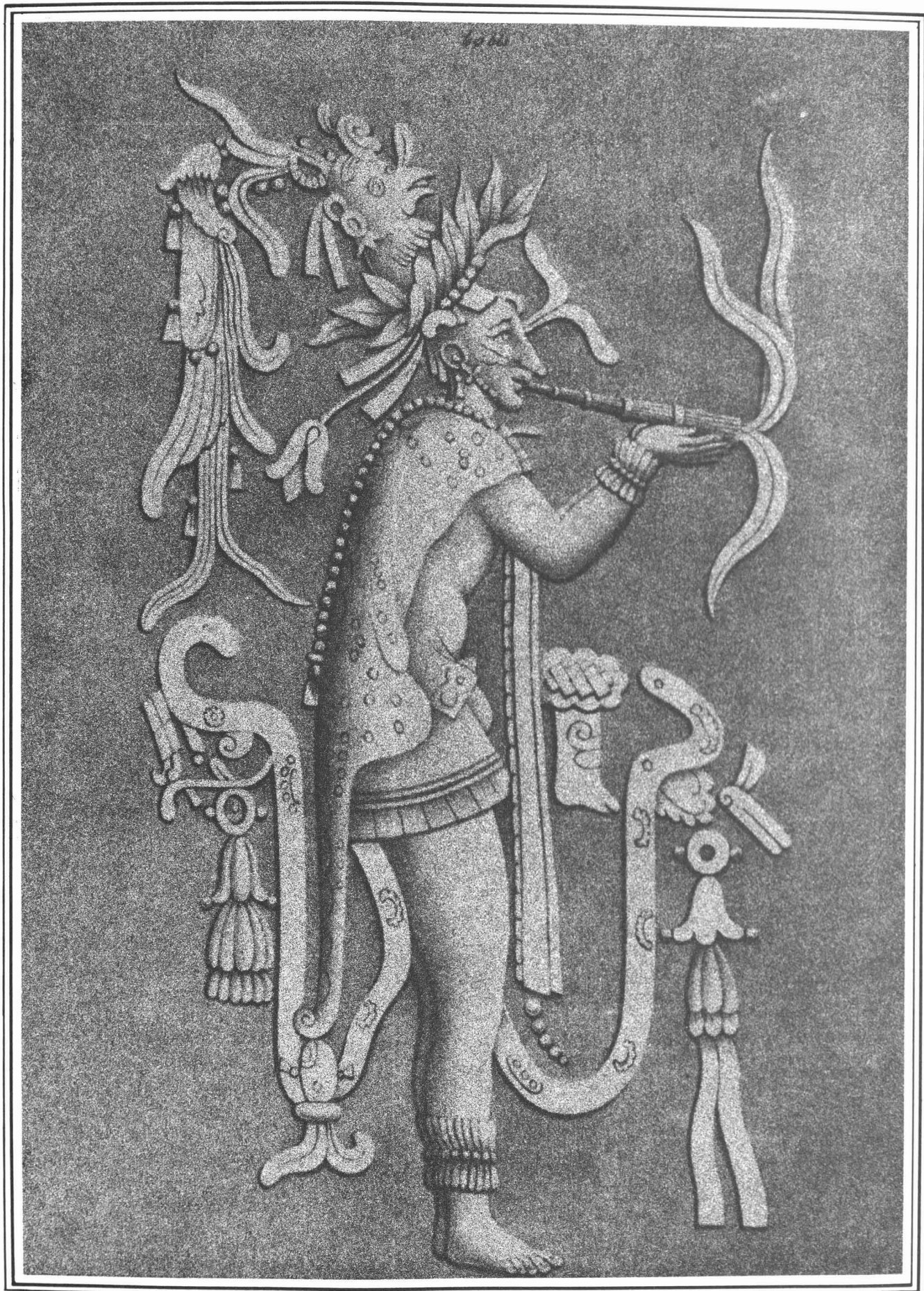


Dibujo del "Bello Relieve" de Palenque, hoy desaparecido, por F. Waldeck.



Dibujo del "Fumador", sección lateral del tablero del Templo de la Cruz en Palenque por el mexicano L. Castañeda quien acompañó al francés G. Dupaix en sus viajes por México. ● Fotografía reciente del mismo relieve. Castañeda dibujó la figura en posición opuesta a la que tiene realmente.



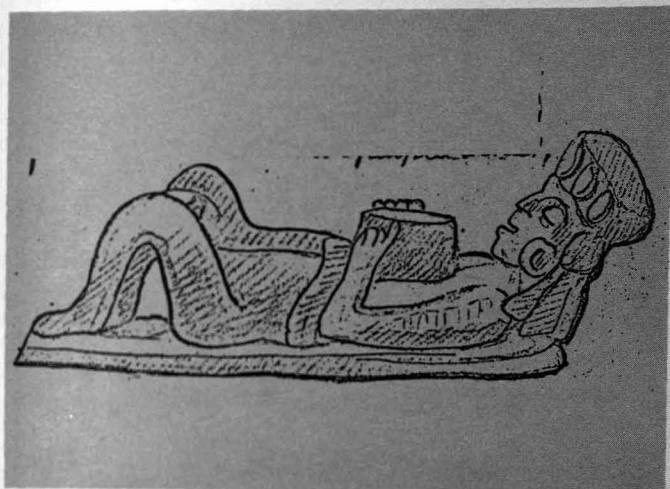


mán había tomado fotografías, que se destruyeron después de su muerte: me refiero a Frederick Mulemphdorf.¹⁰ Lamentablemente, las fotografías de Catherwood también se quemaron en Nueva York.¹¹ Los álbumes fotográficos y la amenidad con que Charnay relata sus experiencias le han merecido un lugar dentro de los clásicos de la literatura de viajes.

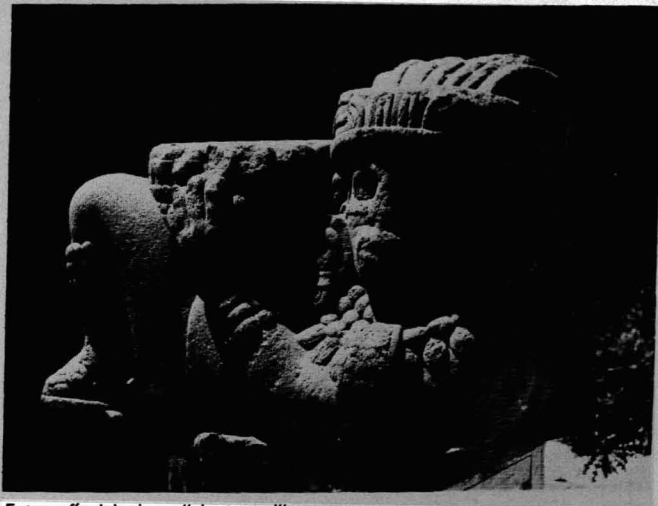
Distintos motivos de los de Charnay trajeron a México a Auguste Le Plongeon, quien vino a buscar en las ruinas prehispánicas las pruebas de supuestos contactos de América con los egipcios. Sus libros son hoy sólo una curiosidad, pero en su época causaron no poco estupor. Además, es importante reconocer que fue Le Plongeon quien utilizó por pri-

cámara a cuestas, tomando fotos que todavía hoy son insuperables. Su vida y sus peripecias son una fuente inagotable de valiosas informaciones sobre sitios que, hasta la fecha, no han sido vueltos a explorar, en particular de la región central de Yucatán.

Por su parte, el inglés Alfred Percival Maudslay¹⁶ recorrió metódicamente durante años las ruinas de México y de países vecinos, y publicó —entre otros— el trabajo científico más importante de todo el siglo: los tomos de arqueología de la colección *Biología Centrali-Americana*, una edición de 50 volúmenes sobre Centroamérica¹⁷. Los planos, dibujos y fotografías de Maudslay son de primerísima calidad, y muestran el empeño puesto en la tarea. Su obra permanece, junto con la



Dibujo de "chac-mool" azteca por E. Pingret.



Fotografía del mismo "chac-mool".

mera vez la estratigrafía en la zona maya durante la década de 1880.

Me referiré a continuación al abate Brasseur de Bourbourg, que llegó a tierras americanas en la década de 1860 para visitar Guatemala y la zona del Istmo de Tehuantepec. Se sintió profundamente atraído por las ruinas abandonadas,¹³ las grandes pirámides y los indígenas, olvidados del mundo. Con el correr de los años, se transformó en el sacerdote de dos pequeños pueblos de los Altos de Guatemala, donde recogió textos y documentos antiguos. Con todo lo adquirido en Guatemala y México, formó una magnífica biblioteca sobre América, que más tarde llevó a París. Entre tantos libros, publicó y difundió ampliamente el *Popol-Vuh*, libro sagrado de los quichés, que aún permanecía inédito.¹⁴ Años después, Brasseur fue duramente criticado por mantener criterios poco científicos y fantasiosos; no se comprendió la crucial significación que este abate tuvo para México y para toda América. El hecho de que hubiera creído que los cartagineses habían sido los iniciadores de la cultura maya, carece de importancia ante la que tiene la difusión que hizo en Europa de las antigüedades americanas. También editó y tradujo al francés a varios cronistas mexicanos y guatemaltecos, entre ellos al obispo Diego de Landa.

Teobert Maler era austriaco de nacimiento y yucateco por adopción. Llegó como simple soldado de Maximiliano de Austria, y se quedó como fotógrafo ambulante en Oaxaca tras la derrota de los franceses. Allí comenzó a interesarse por la arqueología, hasta que se transformó en el gran arqueólogo viajero del Peabody Museum, institución que publicó buena parte de sus escritos.¹⁵ Recorrió incansable miles de kilómetros de selvas inexploradas, con su enorme

de Lord Kingsborough, como uno de los dos pilares sobre los que se apoya la arqueología de México.

El prusiano Eduard Seler proporcionó a la historia del arte y al estudio de las culturas prehispánicas una metodología científica moderna. Con su obsesión por el trabajo minucioso, estableció un sistema de pensamiento riguroso, frío, matemático, al disecar cada monumento para interpretarlo después sin hipótesis fantasiosas.¹⁸ Sus obras completas, escritas en su mayoría en su idioma natal, revelan una visión realista de la historia del arte, sin metafísicas de ninguna índole.

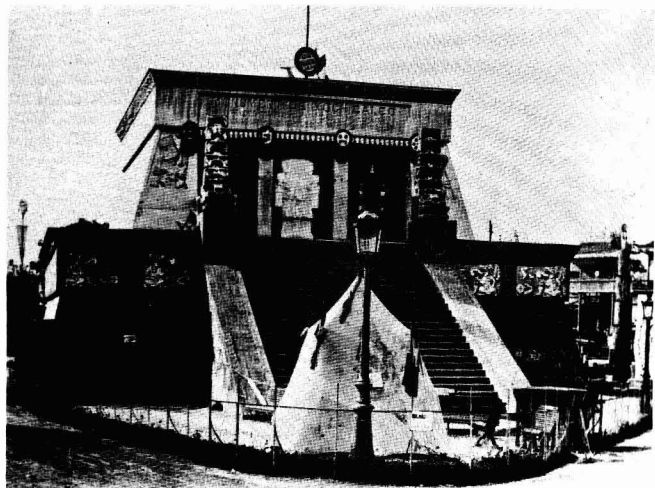
Pero la máxima expresión del pensamiento europeo sobre México y su arte prehispánico fue la de la Comisión Científica Francesa, promovida durante el Imperio de Maximiliano de Austria en 1864 para el estudio de la historia, la arqueología y sus ciencias conexas.¹⁹ Con ese fin, llegó al país y lo recorrió un grupo de primerísimas figuras, tales como el propio Brasseur de Bourbourg, A. de Quatrefages, A. Molve Edwards, M. Decaisne, Andrien de Longperier, el coronel D'Outrelaine, el Barón Gros, E. Guillemin Tarayre, Remy Simeon, A. Maury y varios otros científicos. La cantidad de investigaciones que se realizaron en sólo tres años (1864 a 1867) fue excepcional para la época. Se procedió a publicar tres grandes volúmenes que contenían la mayor parte de los trabajos y estudios llevados a cabo. Algunos de esos investigadores continuaron investigando y publicando, en el extranjero y en México, obras sobre arte prehispánico. Sin embargo, durante los siguientes treinta años mucho de lo que la Comisión había establecido dejó de tener vigencia, pero pasó medio siglo antes de que volviera a realizarse una aventura científica de tal magnitud.

Parece conveniente recordar que el arte prehispánico tuvo también significado e interés no sólo entre viajeros y exploradores, sino también entre artistas nacionales y europeos. Desde fines del siglo XVIII se comenzó a intentar un arte nuevo, de carácter neo-prehispánico que tuvo un marcado auge dentro del eclecticismo imperante en la época. En la ciudad de México, tal neo-prehispanismo fue auspiciado por Porfirio Díaz durante sus años de gobierno, y se realizaron monumentos, edificios públicos, viviendas, museos y pinturas con ese carácter.

En Europa el tema dio hasta para óperas: Karl Friederich Schinkel, el mayor arquitecto alemán del neoclasicismo, diseñó en 1820 los decorados para la ópera de Spontini titulada *Fernand Cortez*, aunque ya Federico el Grande había escri-

las expresiones arquitectónicas prehispánicas. De todas formas, el hecho es interesante porque se trata de *viviendas prehispánicas*, que por primera vez ocuparon un lugar que hasta entonces había sido exclusivo de templos y palacios.

He hecho mención de algunos europeos, a mi juicio los más destacados, que registraron artísticamente, cada cual a su manera, el México prehispánico durante el siglo XIX. El interés que ese siglo mostró por las culturas indígenas de México no surgió, sin embargo, como un hecho aislado. Desde la primera mitad del siglo XVI —hacia 1540— Jean Moutaert pintaba motivos americanos. Ludovico Buti pintó, magistralmente por cierto, temas mexicanos en los techos del Palazzo Uffizi. Los Medici coleccionaban ávidamente objetos prehispánicos, y los jades de factura indígena fueron su-



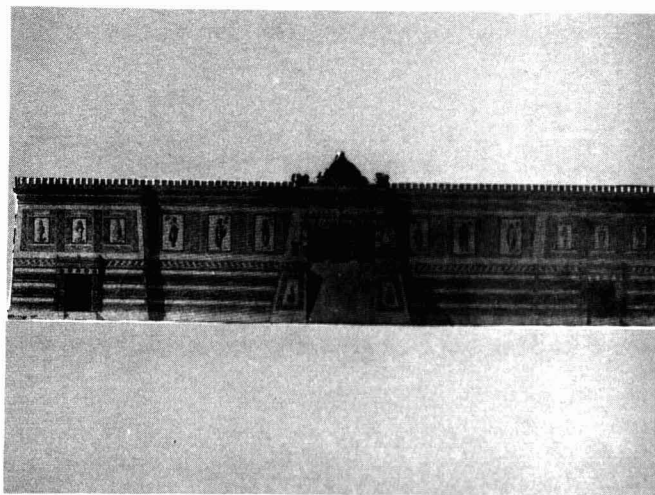
Copia del Templo de Xochicalco para la Exposición Internacional de París de 1867.

to una de tema similar en 1755 que llevaba por título *Montezuma*, a la que puso música Karl Heinrich Graun.²⁰

Para la Exposición Internacional de París en 1867, se instaló, gracias a la iniciativa de Charnay, un gran pabellón en el cual se reprodujo, a escala natural, ¡el Templo de Quetzalcóatl de Xochicalco! Afortunadamente, han quedado fotografías de la época, donde se puede apreciar la incongruencia del dicho pabellón, a cuya entrada estaban la Coatlicue y el llamado Calendario Azteca. Si bien la imaginación campeó triunfante sobre el edificio, básicamente éste fue hecho a partir de grandes moldes que Maximiliano mandó hacer a sus soldados.

En 1889, en ocasión de otra Exposición Internacional de París, México levantó una vez más un fastuoso edificio neoprehispánico. Fue una gran obra que estuvo a cargo de Antonio Peñafiel, quien ganó con su proyecto el concurso que se convocó para realizarlo. Se trataba en realidad de una ecléctica muestra de fragmentos de diferentes construcciones prehispánicas, en especial de Mitla, de Xochicalco y de Monte Albán, que se integraban en una enorme estructura de dos pisos (supuestamente el templo y su basamento escalonado), con un enorme pórtico sostenido por atlantes y ventanas en el piso superior. Fue quizás la más importante muestra de la corriente neo-prehispanista, que quiso rescatar las formas del arte antiguo para reconstruir un arte nacional.²¹

En las Galerías Etnográficas de 1878 también se expusieron objetos prehispánicos. En la misma Exposición Internacional de París de 1889, el arquitecto francés Charles Garnier realizó una Casa Azteca y otra Casa Maya,²² que muestran el desconocimiento, entre los arquitectos de la época, de



Proyecto de edificio neoprehispánico para la Exposición Internacional de París de 1889 por A. Peñafiel.

amente apreciados por los reyes europeos durante tres siglos. De Durero a Rubens, de Bernini al Tiepolo, de Meissen a Le Brun, se utilizaron motivos de nuestro arte americano para crear obras artísticas en Europa.

Un artista europeo que destacó entre los viajeros que recorrieron América y que dibujaron temas prehispánicos fue Edouard Pingret, de quien muestro aquí algún dibujo inédito. “En 1969 el arquitecto mexicano Luis Ortiz Macedo localizó en el poblado francés de Malmaison, en los alrededores de París, a una rama de la familia del pintor Edouard Pingret, quien estuvo en México en el siglo XIX. Los Raffard, nombre de los parientes de Pingret, conservaban cantidad de obras de su antepasado realizadas en México entre 1851 y 1855; no se trataba de las grandes composiciones que envió a la Academia Mexicana, ni de los numerosos retratos ejecutados para las familias pudientes de México, sino precisamente de sus carnets de viaje y su interesantísimo archivo.”²³ Las copias de los dibujos de Pingret me fueron proporcionadas por el historiador de arte Salvador Moreno para identificarlos.

Los dibujos de Pingret inspirados en obras de arte prehispánico registran esculturas, tallas en madera, relieves, vasijas de cerámica, y muestran su interés por reproducir estos temas, tan caros al pintor romántico. Por lo general, los motivos prehispánicos estaban empañados por la propia visión del mundo del artista; y así, es común encontrar, a lo largo del siglo XIX, una notable diferencia entre el objeto real y su representación. Las ruinas son irreconocibles, las esculturas tienen más bulto que el que realmente poseen, y las representaciones de figuras humanas llegan a tener toques grie-

gos. El artista europeo tenía su propia visión anclada en una poderosa tradición cultural de herencia centenaria.

Por otra parte, el gusto del coleccionista de arte estuvo abierto desde el Renacimiento para la adquisición de piezas prehispánicas. Sabemos que se formaron grandes colecciones de objetos aztecas en los palacios de Roma, Florencia, Bolonia, Munich, Nuremberg y Stuttgart. La de Ulisse Aldrovandi, Athanasius Kircher o los duques de Medici fueron famosas en su época, a tal grado que el duque de Guisa, en 1662, se presentó en la corte vestido de "cacique americano". En los palacios del Quirinale y de Miramar campeaban triunfales los tибores de Jalisco, policromados con águilas imperiales de Austria.

Durante el siglo XIX el gusto y la moda por lo prehispánico llegó aún más lejos: desde los millonarios mecenas que financiaron expediciones a las ruinas de México y América Central, como por ejemplo Monsieur Lorillard, para construir en estilo neo-maya su palacio próximo a la ciudad de Nueva York, hasta los museos de Europa Central, que se hacían llevar enormes monumentos de piedra para sus colecciones. El Museo Etnográfico de Berlín trasladó casi una docena de grandes estelas desde Santa Lucía Cotzumalhuapa, en la costa del Pacífico de Guatemala; Brasseur de Bourbourg llevó a París una biblioteca de documentos y libros raros, compuesta de cuatro mil volúmenes. El Almirantazgo inglés contrató a Karl Scherzer, en 1847, para comprar todas las estelas de Copán y llevarlas al British Museum, operación que no pudo realizarse debido al poco interés económico que tenía para Scherzer.

Hacia fines del siglo XIX, la visión del mundo prehispánico comenzó a cambiar, justamente debido a los incesantes embates de la nueva metodología científica, tanto europea como norteamericana. Las insistentes prédicas de Seler, de Maudslay y de otros más contra la fantasía y las hipótesis aventuradas comenzaron a fructificar, lo que redundó rápidamente en la elaboración de una historia diferente del arte prehispánico. Sin embargo, esta nueva visión estaba aún cargada de prejuicios, raciales y estéticos, que hicieron que durante medio siglo más el arte prehispánico de México, y de toda América Latina, fuera todavía menospreciado en relación con otras manifestaciones artísticas occidentales. Hablar de lo maya o de lo azteca era hablar aún de un arte "salvaje", o en todo caso, de un arte "primitivo". Fue hasta después de la década de 1930 cuando el arte prehispánico llegó a adquirir el reconocimiento que hoy posee; es decir, se le consideró al mismo nivel que el arte del Viejo Mundo.

Los europeos que vieron el México prehispánico durante el siglo XIX nos legaron dibujos, pinturas, diseños, bosquejos y fotografías, que son testimonios vivos de la visión romántica de ese pasado reciente. En muchos casos, son documentos únicos para aproximarnos a ese otro pasado más remoto: el del mundo indígena anterior a la conquista.

Notas

1. Clavijero (1945); sobre él puede verse Aguirre Beltrán (1972) al igual que Romero Flores (1945) y Rico González (1945).
2. Como introducción y visión global de la obra de Boturini, véase León Portilla (1974), Mena (1923) y Moreno (1973).
3. Bullock (1824). Referencias sobre este autor se encuentran en Fernández (1956) y Bullock (1961).
4. Bullock (1824).
5. Lord Kingsborough (1831-1844).
6. Dupaix (1834 y 1978); sobre su vida y obra, véase Farcy (1882) y Villaseñor (1978).
7. Stephens y Catherwood (1841).
8. Stephens y Catherwood (1843).

9. Keith Davis (1981).
10. Von Hagen (1979).
11. Von Hagen (1979).
12. Le Plongeon (1886 y 1889).
13. El compendio de mayor importancia en la obra de Brasseur de Bourbourg son los 4 volúmenes publicados en 1854.
14. Brasseur de Bourbourg (1854).
15. Para la bibliografía de Maler, véase Echánove Trujillo (1975).
16. Maudslay (1889-1902).
17. Maudslay (1889-1902).
18. Seler (1902-1923).
19. Archives de la Commission Scientifique (1865), 3 vols.
20. Honour (1975).
21. Peñafiel (1889).
22. La mejor descripción es la de Manuel F. Alvarez (1900).
23. Ortiz Macedo (1983).

Bibliografía

- Aguirre Beltrán (1972), "Introducción", *Antología de Francisco Javier Clavijero*, Sepsetentas, México.
- Alvarez, Manuel F. (1900), *Mitla y la arquitectura nacional*. Imprenta de la Escuela de Oficios, México.
- Brasseur de Bourbourg, Charles E. (1954), *Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique Central*, 4 vols., París.
- Bullock, Irwin (1961), "A pioneer of cultural relations between England and Mexico", *Homenaje a Pablo Martínez del Río*, p. 439-443, INAH, México.
- Bullock, William (1824), *A six month's residence and travels in Mexico*, 2 vols., más un atlas, John Murray and Sons, Londres.
- Chavero, Alfredo (1886), "Boturini", *Anales del Museo Nacional*, 1a. Época, tomo III, p. 236-245, México.
- Clavijero, Francisco Javier (1945), *Historia Antigua de México*, 4 vols., Porrúa, México.
- Commission Scientifique au Mexico (1865), *Archives de la Commission Scientifique*, 3 vols., París.
- Davis, Keith (1981), *Désiré Charnay: expeditionary photographer*. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- Dupaix, Guillermo (1834), *Antiquités Mexicaines*, con anexos de A. Lenoir, M. Warden, M. Ch. Farcy y M. Baradere, 2 vols., París. (1978), *Atlas de las antigüedades mexicanas*. San Ángel Ediciones, México.
- Echánove Trujillo, Carlos (1976), *Dos héroes de la arqueología maya: Teobert Maler y el Conde Waldeck*. Universidad de Yucatán, Mérida.
- Fernández, Justino (1956), "El atlas de la obra de Bullock", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, No. 24, p. 23-33, UNAM, México.
- Honour, Hugh (1975), *The new golden land: European images of America from the discoveries to the present time*, Pantheon Books, Nueva York.
- Kingsborough, Lord (1831-1848), *Antiquities of Mexico*, 10 vols., Robert Havell, Londres.
- León Portilla, Miguel (1974), "Introducción", *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, Porrúa, México.
- Le Plongeon, Auguste (1886), *Sacred mysteries among the mayas and quiches, 11,500 years ago*, Macoy Publ., Nueva York. (1896), *Queen's Moo and the Egyptian Sphinx*. Edición del autor, Nueva York.
- Maudslay, Alfred P. (1889-1902), "Archaeology", *Biología Centrali-Americana*, 4 vols., Londres.
- Mena, Ramón (1923), "La colección arqueológica de Boturini", *Anales del Museo Nacional*, 4a. Época, tomo II, p. 35-70, México.
- Moreno, Roberto (1971), "La colección Boturini y las fuentes de la historia de León y Gama", *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. IX, p. 253-270, México.
- Ortiz Macedo, Luis (1983), Catálogo de la Exposición presentada por BANAMEX en el Palacio de Iturbide de la ciudad de México de marzo 24 a junio 30, 1983. *México ilustrado por Europa, del Renacimiento al Romanticismo*.
- Peñafiel, Antonio (1889), *Explicación del edificio mexicano para la Exposición Internacional de París*, Edición del autor, México.
- Rico González, Víctor (1949), *Historiadores mexicanos del siglo XVIII*, UNAM, México.
- Romero Flores, Jesús (1945), "Documentos para la biografía del historiador Clavijero", *Anales del INAH*, tomo I, p. 307-336, México.
- Seler, Edward (1902-1923), *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach- und Altertumskunde*, Berlin, 8 vols.
- Stephens, John Lloyd y Frederick Catherwood (1841), *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, Harper and Brothers, Nueva York, 2 vols. (1843), *Incidents of travel in Yucatan*, Harper and Brothers, 2 vols., Nueva York.
- Von Hagen, Victor (1979), *En busca de los mayas: la historia de Stephens y Catherwood*. Editorial Diana, México.